

La calle para el miércoles 10 de junio de 2009

Diario de un espectador

El Edén de Rossi

por miguel ángel granados chapa

Federico Reyes Heróles, que lo conoció bien —aunque lamenta no haber sido su amigo cercano— dijo ayer de Alejandro Rossi que “daba la impresión de estar molesto con el mundo. El motivo principal: el mundo iba demaisado despacio, Él entendía las cosas en otro ritmo”. (*Reforma*, 9 de junio).

De ello dio muestra Rossi en las primeras líneas de su novela *Edén, Vida imaginaria*. Como lo dijimos ayer aquí, recibió el Premio nacional de literatura en 1999, mucho tiempo antes de la publicación de su obra postrera. De no haber sido así, ese solo libro hubiera bastado para consagrarlo como el gran escritor que fue. Conozcamos aunque una breve muestra de su estilo en la novela mencionada, que mucho tiene de autobiografía:

“Miró el reloj y le preguntó a su suegro cuánto faltaba para llegar al aeropuerto. Hubiese querido decirle que se apurara, que se concentrara en la carretera, que no hablara con tanto detalle de la industria alemana. No, no podía callarlo, era un hombre bueno, de gran cortesía. Hizo un esfuerzo, pues, para mantener la conversación en un tono educado. La verdad es que cualquier viaje lo desquiciaba, como si abandonara a alguien, como si se tratara de una emigración definitiva. Le angustiaba cualquier contratiempo: un retraso, que no hubiera asiento, una huelga imprevista, perder un documento o una equivocación con su nombre. Sobre todo eso, sería como

volver al caos original, a la irremediable confusión. A Alejandro le parecía que todos sus documentos tenían algún error y que, en realidad, todo era un gran equívoco y él un usurpador. Un día lo descubrirían y de los quitarían. ¿Cómo se llamaba? ¿Alejandro o Alessandro? Su madre le decía Alex, y Alexandro era el nombre con que ella misma intentó registrarlo. Por suerte, el fascismo impidió ese neoclasicismo que pretendía obligarlo a ser un héroe: sólo se permitían nombres italianos o italianizados. Las adorables primas venezolanas le decían el Negro y los primos italianos Alex o Alessino, usado este último por los abuelos paternos. A su padre en la vejez le dio por llamarlo Alessandro, en un tono algo protocolario. Para los amigos hispanoamericanos era Alejandro. El pasaporte venezolano registraba Alejandro Francisco, ya el nombre oficial en sus papeles y documentos. En el acta de nacimiento asentaban que el 22 de septiembre de 1932 había nacido en Firenze un tal Alessandro Francesco. Francesco era el Francisco que viene de su bisabuelo materno, al parecer un dominicano que fundó una fábrica de tabacos y que, según la leyenda, había dejado al morir cien casas. Por los años cuarenta, en un vuelo de Trinidad a Caracas, en un Douglas DC3 le tocó de vecino un español viejo que había conocido al discutido bisabuelo, un mulato grande y simpático que se sentaba en una mecedora a la entrada de su negocio. En aquella época la incomodó que el Canario clasificara así al bisabuelo. Era la primera vez que oía esa historia, pues su madre y la familia venezolana evitaban esos temas. Para él, los mulatos y los negros eran los porteros de La Previsora, la compañía de seguros que presidían su abuelo,

que lo saludaban con cordialidad y proclamaban, entre guiños, que él era ‘medio jefe’.

“El suegro no encontraba el estacionamiento para diplomáticos; lo habían cambiado de lugar, aseguró. Era un hombre elegante y tranquilo, incapaz de atropellar un reglamento y de saltarse una regulación, y menos aun en Alemania. Como si estuviera en un gran colegio y él fuera un alumno modelo. Cualquier persona con autoridad, por trivial que fuese el cargo —el supervisor de los boletos en el tren— le producía un respeto sagrado. Era claro que le fastidiaba el nerviosismo de Alejandro y temía que se expresara en alguna arbitrariedad o impaciencia ante un trámite...”.